

PROBLEMAS GENERALES DEL MAGDALENIENSE SUPERIOR CANTABRICO

por

JOSÉ ALFONSO MOURE ROMANILLO

Partiendo de la evidente filiación europea de nuestro Paleolítico Superior, es indudable que la Prehistoria de la Región Cantábrica ha de ser estudiada en todos sus ciclos culturales como grupos separados que encierran acusada personalidad propia, y que por tanto deben ser conceptuados tanto en el espacio como en el tiempo. En este sentido, Jordá ha recogido algunas de las causas de que esta región presente una «versión simplificada» de la secuencia clásica del Paleolítico¹. Por todo ello cada día se va haciendo más necesaria la confección de una sistematización regional del Paleolítico Superior Cantábrico, en que, por supuesto, el conocimiento exacto de las características generales de cada uno de estos ciclos esté por encima de la pura denominación convencional.

Como aportación a esa ordenación definitiva del Paleolítico Superior de la región, el presente trabajo tratará de reflejar los problemas y las características más destacables de nuestro Magdaleniense Superior; a ello intentaremos llegar a través del análisis de aspectos parciales, prescindiendo en lo posible de los datos dudosos o poco fundamentados, y dejando para el final una amplia recapitulación de todos los apartados.

De acuerdo con la conocida tesis de Smith² los instrumentales paleolíticos parecen responder a una serie de factores de observación compleja, entre los que se encuentran las necesidades técnicas o sociales del grupo, la materia prima disponible, los imperativos de tradición, etc. La consideración de cada uno de estos aspectos nos permitirá conocer y comprender la autonomía cultural de la prehistoria del norte de España.

En primer lugar, y como condicionante de las necesidades técnicas y sociales

¹ JORDÁ CERDÁ, F., *El Paleolítico Superior Cantábrico y sus industrias*. "Saitabi", t. XIII, Valencia 1963.

² SMITH, PH. E. L., *Le Solutréen en France*. Inst. de Prehistoire de l'Université de Bordeaux, Bordeaux 1965.

del hombre, las consideraciones morfológicas y climáticas nos llevarán a precisar la discordancia entre el habitat paleolítico de nuestra región y el del área general de Europa del Oeste.

Desde el punto de vista del relieve, hemos de partir de que los Pirineos se presentan como una barrera casi infranqueable: sólo por sus extremos este importante macizo de estructura disimétrica permite las penetraciones con cierta facilidad. Así pues, Cataluña y el País Vasco español serían los puntos de entrada de cualquier influencia cultural europea en época paleolítica. Por otro lado, la región que comentamos comprende tres conjuntos montañosos más o menos diferenciados: el Macizo Asturiano, con su estructura de tipo germánico y sus materiales paleozoicos, contrasta ampliamente con los relieves de tipo sajónico de la Cordillera Cantábrica y de las montañas del País Vasco.

La comunidad de caracteres litológicos y de formas de relieve ha servido en cierta forma para poder hablar de una región vasco-cantábrica, formada por las dos provincias atlánticas de las Vascongadas y por parte de la provincia de Santander, lo mismo que podría justificarse una región vasconavarra si consideramos las grandes semejanzas entre las montañas del País Vasco y las de una parte de la provincia de Navarra. Las montañas vascas tienen el valor de un auténtico umbral entre los Pirineos y el interior de la península.

A lo largo de la costa, la Región Cantábrica española se manifiesta como dualidad de mar y montaña: desde Guipúzcoa hasta Galicia, la muralla montañosa es francamente continua. La única vía fácil para la penetración es la costera, en que, por lo general, el relieve es muy poco accidentado. Los caminos de entrada hacia el interior de estas montañas son los valles de los ríos cantábricos que, a causa de la diferencia de nivel de base, han activado enormemente su poder erosivo, tajando intensamente los respectivos tabiques montañosos. Hasta cierto punto podemos considerar como significativo el hecho de que la mayor parte de los yacimientos conocidos se encuentran precisamente en esas vías de entrada, aunque en honor a la verdad hay que decir que también éstas han sido las más exploradas por los prehistoriadores. En este sentido, M. S. Corchón señala cómo estos cauces fluviales cumplen el doble papel de acceso hacia el interior y de habitat propicio para la caza y la pesca³.

Todos estos accidentes naturales que dificultan la penetración de influencias europeas en forma alguna deben considerarse fuera de su contexto climatológico. La zona litoral de la región constituye el contacto entre las vertientes oceánica y continental, resultando un clima con oscilaciones anuales y diurnas mucho menos

³ CORCHÓN RODRÍGUEZ, M. S., *El Solutrense en Santander*. Publicaciones del Instituto de Prehistoria y Arqueología "Sautuola", Institución Cultural de Cantabria, Santander 1971.

acentuadas que en el interior o que en la Francia no pirenaica. De hecho, el papel climatológico de los glaciales de montaña se vio claramente contrastado en época cuaternaria por la influencia oceánica; prueba de ello sería el nivel magdaleniense de la Cueva del Otero, en que el alce aparecía asociado a restos de moluscos marinos propios de aguas relativamente templadas⁴. Por supuesto, y sobre todo en relación con el caso concreto de cada yacimiento paleolítico, la importancia de los microclimas es realmente de primer orden.

Tanto como de aislamiento podríamos hablar de un medio geográfico bastante distinto al de regiones vecinas. Alguien podría decir que ello no es obstáculo para que la cultura magdaleniense llegase hasta Asturias en toda su pureza. Sin embargo, intentaremos demostrar que la influencia del medio geográfico es totalmente decisiva, especialmente en casos como el que nos ocupa, en que nos encontramos ante industrias altamente especializadas: las sustanciales diferencias a la hora de considerar el tipo de alimentación, la materia prima disponible y los contactos con las aportaciones anteriores imprimieron sin duda a nuestro Magdaleniense Superior sus peculiaridades más conocidas.

En relación con el medio cinegético natural, el ejemplo más representativo sería el del reno: las dificultades de penetración a lo largo de la zona litoral y de los valles fluviales, todo ello para encontrar un medio abrupto que no le era totalmente propicio, vendría a explicar la escasez de representaciones y restos de este rumiante a lo largo de la región. El reno, para el hombre magdaleniense del suroeste francés, no era tan solo un medio de subsistencia, sino también una fuente de materia prima para sus ajuares óseos; como señala Nougier, el animal era totalmente utilizable⁵. Así pues, ésta y otras especies se verían desplazadas por animales mejor adaptados a la fisonomía del terreno, lo que de rechazo influiría en la forma de vida de los primitivos pobladores de la zona.

En cuanto a la materia prima más utilizada por el hombre paleolítico, el sílex, puede decirse que no es en absoluto abundante en la región. Tan sólo tenemos noticias de un yacimiento natural, muy frecuentado por el hombre prehistórico, en los alrededores de Fuenterrabía (Guipúzcoa)⁶, y otro en la zona comprendida entre Cabo Mayor y Ciriego (Santander)⁷. Lógicamente, la cuarcita, elemento tan

⁴ MADARIAGA DE LA CAMPA, B., *Estudio Paleontológico de la Cueva del Otero*, en GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., GARCÍA GUINEA, M. A. y BEJINES RAMÍREZ, A., *La Cueva del Otero. Excavaciones Arqueológicas en España*, n.º 53, Madrid 1966.

⁵ NOUGIER, L.-R., *L'Economie Préhistorique*. Presses Universitaires de France, París 1970.

⁶ La noticia la hemos recogido de la Memoria presentada y aprobada por la Asamblea General de "Aranzadi" del 5 de febrero de 1969, referente al ejercicio de 1968: Sección de Prehistoria, p. 108 de "Munibe", n.º 1-2, 1970.

⁷ CARBALLO, J., *El sílex como materia prima de las industrias prehistóricas*. "Investigaciones Prehistóricas", t. I, Publicaciones del Museo Provincial de Prehistoria, Santander 1957, p. 45-51.

frecuente en los cauces fluviales, estaba mucho más al alcance de los primitivos pobladores. En la región del Macizo Asturiano las condiciones litológicas hacen más escaso el pedernal, por lo que su empleo se ve aún más desplazado por el de la cuarcita.

Tratándose de zonas sin salida y con un cierto aislamiento, las pervivencias arcaizantes debieron ser muy intensas, de tal forma que las aportaciones humanas o culturales se encontraron con un importante sustrato. El significado cultural de esos contactos en cada uno de los momentos del Paleolítico Superior de la Región aparece también ampliamente estudiado por María Soledad Corchón⁸.

En resumen, que diferencias geográficas y climáticas, diferencias en el medio cinegético natural, distinta cantidad y calidad de materia prima disponible, e imperativos de tradición, fueron las principales causas de las peculiaridades observadas en la prehistoria de la Región Cantábrica.

MARCO CRONOLÓGICO.

Esbozada ya una delimitación ambiental, pasemos a delimitar el marco paleoclimático y los límites cronológicos del Magdaleniense Superior Cantábrico. Dado que para la última fase del cuarto glaciar, el llamado estadal Würm IV, disponemos de un apreciable número de elementos de juicio, el montaje cronológico de las culturas que en él transcurren se hace a la vez más complicado y más preciso que en el resto del Paleolítico Superior.

El comienzo del Magdaleniense Superior Cantábrico puede localizarse dentro de un clima bastante extremado. El progresivo enfriamiento, apreciado ya en el llamado Magdaleniense III, queda firmemente reflejado tanto en los niveles con *Cyprina islandica* de la Cueva del Castillo (Magdaleniense IV)⁹ como en los niveles con *Pecten islandicus* del Cueto de la Mina (también considerados como Magdaleniense IV)¹⁰. En este punto conviene aludir al significado paleoclimático de dos accidentes estratigráficos muy frecuentes en nuestros yacimientos en cuevas; nos referimos a las coladas estalagmíticas y a las caídas de bloques y lajas.

Las interpretaciones que hasta el momento se ha querido dar a estos fenómenos han sido muy diversas: un reciente trabajo de Fernández Gutiérrez ha venido

⁸ CORCHÓN RODRÍGUEZ, M. S., *Op. cit.*, vid. nota 3, p. 32 y ss.

⁹ OBERMAIER, H. et BREUIL, H., *Fouilles de la Grotte du Castillo (Espagne)*. Congrès International d'Anthropologie et d'Archeologie Préhistorique, XIV session, Genève 1912.

¹⁰ CONDE DE LA VEGA DEL SELLA, *El Paleolítico de Cueto de la Mina (Asturias)*. Comisión de Investigaciones Prehistóricas y Paleontológicas, Memoria número 13, Madrid 1916.

a revisar estos conceptos y llegado a conclusiones que consideramos satisfactorias¹¹. Es evidente, afirma el autor, que las coladas estalagmíticas obedecen a un clima húmedo más o menos intenso y se depositan en determinados lugares de algunos yacimientos, que reciben a su vez el nombre de zonas «de caudal»; el problema es saber si ese clima húmedo era templado o frío. La presencia de glaciares de montaña en la zona podría ayudar a pensar en un posible paralelismo entre los mantos estalagmíticos y los retrocesos de los hielos. Por otro lado, la posición estratigráfica de estas etapas, intercaladas en niveles con fauna «fría», parece aludir a todo lo contrario. Las características geográficas de la región, en que los glaciares del área de influencia alpina se encuentran contrarrestados por la influencia atlántica, vienen a dar a su hábitat paleolítico sus características particulares, a la vez que colaboran a la complejidad de estos fenómenos. Para comprender el significado paleoclimático de los horizontes de estalagmita hay que correlacionarlos con las fases clásicas, que pasamos a comentar.

Los fenómenos de descompresión que originan la caída de bloques o lajas se encuentran en relación directa con el clima en cuanto dependen de la actuación del hielo: las causas independientes de la temperatura, como corrientes de aire, infiltración de aguas, etc., ocupan un lugar muy secundario. La presencia de estos niveles de derrumbamiento nos puede llevar tanto a un clima frío y seco, que produciría sólo lajas, como a un clima frío y húmedo, que daría lugar al desprendimiento de bloques o al de lajas. Dado que capas estalagmíticas y niveles de desprendimientos aparecen en una posición estratigráfica paralela, nos inclinamos a considerarlos como testimonio de un momento frío y húmedo. Por supuesto, ambos fenómenos se encuentran en relación muy estrecha con la estructura litológica de cada caverna y en especial con la fundamental importancia de los microclimas y accidentes locales, tan frecuentemente olvidados al hacer generalizaciones sobre paleogeografía del cuaternario.

Posiblemente a un mismo momento frío y húmedo se deban los bloques caídos sobre el Magdaleniense Medio de la Cueva de la Lloseta¹² y del Cueto de la Mina¹³, o la capa estalagmítica que recubre el Magdaleniense III de Altamira¹⁴. De acuerdo con González Echegaray en su fundamental síntesis sobre la cronología

¹¹ FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, J. C., *Nota sobre la estratigrafía desconocida de la caverna del Castillo (Puente Viego, Santander). Su cronología y enclave paleogeográfico*. Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural (Geol.), 67. Madrid 1969, p. 5 a 33.

¹² JORDÁ CERDÁ, F., *Avance al estudio de la cueva de la Lloseta (Ardines, Ribadesella, Asturias)*. Memorias del Servicio de Investigaciones Arqueológicas de la Excm. Diputación Provincial de Asturias, Oviedo 1955.

¹³ CONDE DE LA VEGA DEL SELLA, *Op. cit.*, vid nota 10.

¹⁴ BREUIL, H. y OBERMAIER, H., *La Cueva de Altamira en Santillana del Mar*, Madrid 1935.

del würmiense en la región, podemos considerar este fenómeno como límite entre el Magdaleniense III-IV o el Magdaleniense Medio y el Magdaleniense Superior Cantábrico¹⁵. Así pues, este accidente —reflejo de un clima frío y húmedo— tendría el valor de término *post quem* de nuestro Magdaleniense Superior. La importancia de su testimonio estratigráfico queda aún más patente al observar que en niveles inmediatamente inferiores disponemos de cronologías absolutas obtenidas por el método del C 14 : 13.340 ± 200 a. C. para el Magdaleniense de Altamira y 13.540 ± 200 a. C. para el del Juyo¹⁶.

A lo largo del Magdaleniense Superior el ambiente extremadamente frío irá paulatinamente dejando paso a un mejoramiento climático que aparece reflejado en los diagramas polínicos del Otero¹⁷ y de Cueva Morín¹⁸. Los restos de *Rangifer tarandus* del Magdaleniense Superior del Valle¹⁹ o de Morín²⁰ y las representaciones de este rumiante en las pinturas y grabados de Las Monedas²¹ y Altxerri²², así como la *Cyprina islandica* del Castillo²³ y la liebre ártica descubierta en el Magdaleniense Final de Urtiaga²⁴ serían muestras de este frío intenso. Sin embargo, en el Magdaleniense Superior de la Cueva del Otero, con alce y rebeco, la fauna de *Ostrea* señalaría ya un cierto recalentamiento de las aguas²⁵.

Hasta el momento no se han podido reconocer en la costa cantábrica todos los

¹⁵ GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., *Sobre la cronología de la glaciación Würmien- se en la Costa Cantábrica*. "Ampurias", t. XXVIII, 1966, p. 1 a 12.

¹⁶ Los análisis fueron efectuados en Estados Unidos por los doctores Crane y Griffin, y publicados por FLINT, R. P. y DEESBY, E. S. Jr., *American Journal of Science Radiocarbon Supplement*, 2, 1960.

¹⁷ LEROI-GOURHAN, Arl., *Análisis polínico de la Cueva del Otero*, en GONZÁLEZ ECHEGARAY, GARCÍA GUINEA y BEJINES RAMÍREZ, *La Cueva del Otero*. Excavaciones Arqueológicas en España, n.º 53, Madrid 1966, p. 83-85.

¹⁸ LEROI-GOURHAN, Arl., *Análisis Polínico de Cueva Morín*, en GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. y FREEMAN, L. G., *Cueva Morín. Excavaciones 1966-1968*. Publicaciones del Patronato de las Cuevas Prehistóricas de la Provincia de Santander, Santander 1971, p. 359-365.

¹⁹ BREUIL, H. et OBERMAIER, H., *Les Premières travaux de l'Institut de Paleontologie Humaine*. "L'Anthropologie", t. 23, 1912, p. 1 a 6.

²⁰ ALTUNA, J., *Los mamíferos del yacimiento prehistórico de Cueva Morín (Santander)*, en GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. y FREEMAN, L. G., *Cueva Morín. Excavaciones 1966-1968*. Publicaciones del Patronato de las Cuevas Prehistóricas de la Provincia de Santander, Santander 1971, p. 369-397.

²¹ *La Cueva de las Monedas y sus interesantes pinturas*. Publicaciones del Patronato de las Cuevas Prehistóricas de la Provincia de Santander, Santander 1953.

²² No pretendemos entrar en polémicas sobre la cronología de los grabados de Altxerri: nos limitamos a seguir la opinión de J. González Echegaray (nota 15, p. 7). La publicación original se debe a BARANDIARÁN, J. M., de *La Cueva de Altxerri y sus figuras rupestres*. "Munibe", 3-4, 1964.

²³ OBERMAIER, H., *El Hombre Fósil*. Comisión de Investigaciones Prehistóricas y Paleontológicas. Memoria n.º 9, Madrid 1925, p. 176.

²⁴ ALTUNA, J., *Hallazgo de una liebre ártica (Lepus timidus L.) en el yacimiento prehistórico de Urtiaga (Guipúzcoa)*. "Munibe", 3-4, 1970, p. 165-168.

²⁵ MADARIAGA DE LA CAMPA, B., *Op. cit.*, vid. nota 4, p. 67.

fenómenos señalados por Zeuner para el finiglaciario²⁶. Basándonos en las cronologías generales conocidas en Europa Occidental, la datación por el carbono 14 del Magdaleniense Final de La Vache en 9.700 ± 200 a. C.²⁷ nos parece suficiente para atribuir a la oscilación de Alleröd el momento templado y húmedo que empieza a notarse al final del Magdaleniense Superior. El pronunciado aumento de humedad se refleja en las capas estalagmíticas descubiertas entre el Magdaleniense Superior y el Aziliense en algunas cuevas santanderinas²⁸. Con ello, y admitiendo como González Echegaray la ecuación Magdaleniense Final = Alleröd, resulta forzoso atribuir el Aziliense al período Dryas III (Dryas reciente de algunos autores).

Sin embargo, la secuencia paleoclimática del finiglaciario, como la de todo el würmiense, no debe aplicarse con exceso de rigorismo. Como veremos en el capítulo correspondiente, la evolución del instrumental lítico del Magdaleniense ha de tenerse muy en cuenta a la hora de establecer escalas relativas de conjuntos culturales, pero hoy por hoy no es posible encajar perfectamente esta evolución dentro de su contexto geocronológico. Así, mientras en el Aziliense de Morín el recalentamiento es casi imperceptible²⁹, en El Linar o en El Otero la capa estalagmítica penetra ya en el Magdaleniense Superior-final³⁰.

Por desgracia no disponemos aún de fechas absolutas para el Magdaleniense Superior Cantábrico, puesto que aún no han sido dados a conocer los resultados de las pruebas efectuadas en Urutiaga³¹; una fecha muy ajustada es la obtenida en la región catalana, en el Magdaleniense Superior de Bora Gran de Serriñá, que dio un 9.520 ± 500 a. C.³². Como hemos dicho, nuestro término *post quem* sería posterior al 13.000 a. C. Situado entre el 12.500 y el 12.000 a. C. los niveles de bloques sobre el Magdaleniense IV de la Loseta y Cueto de la Mina y la capa estalagmítica

²⁶ ZEUNER, F. E., *Geocronología. La datación del pasado*. Madrid 1956.—
IDEM, *El Período Pleistoceno. Su clima, cronología y sucesiones de la fauna*.
Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid 1959.

²⁷ MOVIUS, H. L., *Radiocarbon dates and Upper Palaeolithic Archaeology in Central and Western Europe*. "Current Anthropology", 1961, I.

²⁸ GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., *Op. cit.*, vid. nota 15, p. 7.

²⁹ LEROI-GOURHAN, Arl., *Op. cit.*, vid. nota 11.

³⁰ MOURE ROMANILLO, J. A. y GUTIÉRREZ CUEVAS, V., *Estratigrafía Arqueológica de la Cueva del Linar (La Busta, Santander)*. "Cuadernos de Espeleología", n.º 5. Publicaciones del Patronato de las Cuevas Prehistóricas de la Provincia de Santander. Santander 1971, p. 87-108. Sobre el segundo yacimiento puede verse: GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., GARCÍA GUINEA, M. A. y BEJINES RAMÍREZ, A., con la colaboración de MADARIAGA DE LA CAMPA, P. (estudio paleontológico) y LEROI-GOURHAN, Arl. (análisis palinológico), *La Cueva del Otero*, vid. nota 4.

³¹ Se ha realizado un muestreo de huesos no contaminados en el yacimiento de Urutiaga: Vid. el noticiario de actividades de la Sección de Prehistoria de la Sociedad de Ciencias Naturales "Aranzadi". "Munibe", 1970, p. 108.

³² ALMACRO GORBEA, M., *Las fechas del C 14 para la Prehistoria y Arqueología peninsular*. "Trabajos de Prehistoria", volumen 27 (nueva serie), Madrid 1970, p. 9-44.

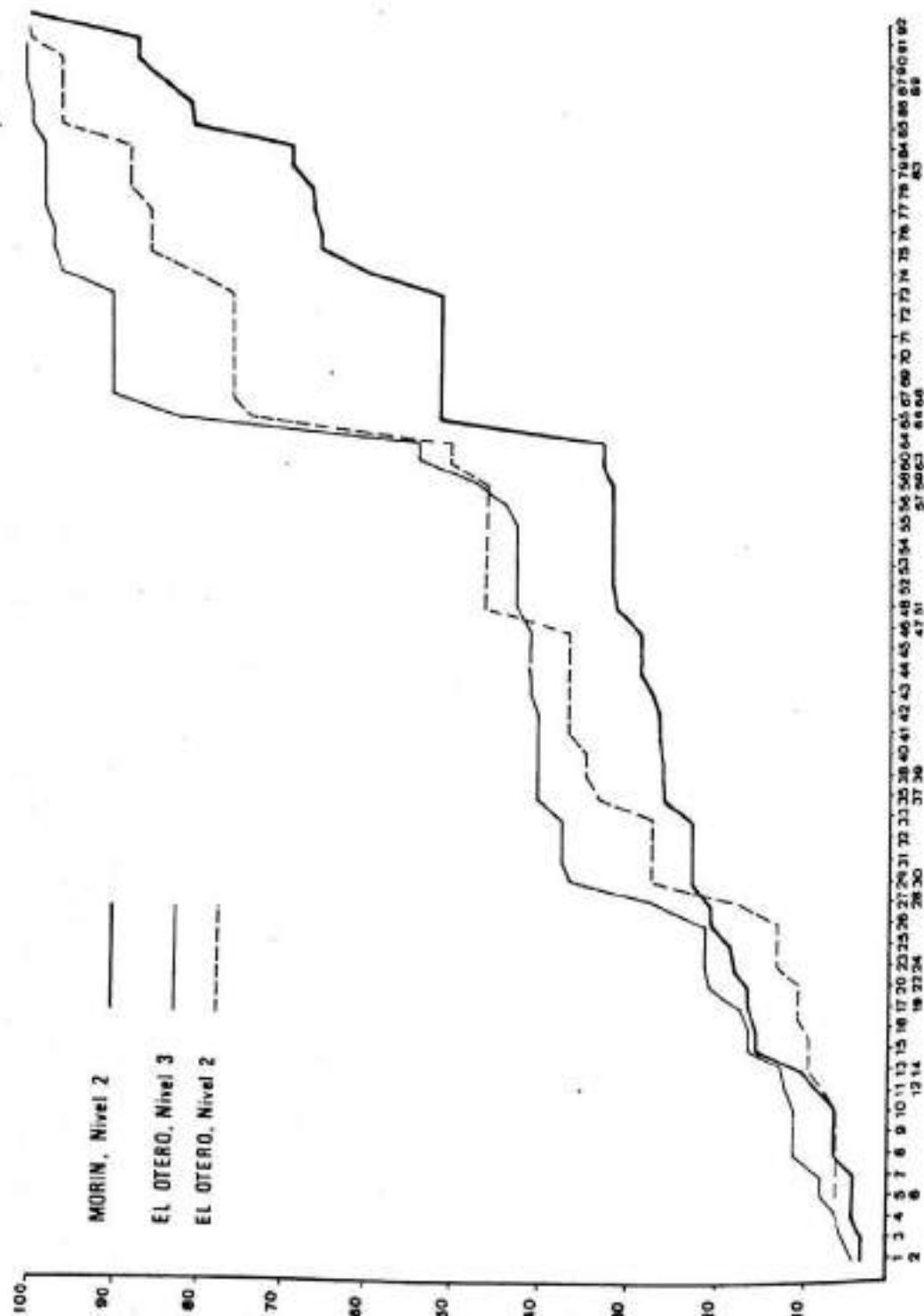


Fig. 1.

de Altamira, tendríamos ya el punto de partida del último periodo del Paleolítico Superior. Otro de los puntos fijos de nuestra escala cronológica es la oscilación de Alleröd, fechada ya hace tiempo por métodos geológicos entre el 9 y el 10.000 a. C.³³, y que hoy los análisis de radiocarbono parecen precisar su comienzo en el 9.800 a. C.³⁴.

Aunque son muy pocos los estudios efectuados sobre la flora o la fauna azilienses, es evidente que existen niveles de ese momento en que los grandes frío glaciares aún no han terminado: el nivel 1 de Cueva Morín sería el ejemplo más concluyente. Dado que la oscilación Alleröd representa un clima más benévolo que cualquiera de los momentos del Dryas, la atribución del Aziliense al Dryas III nos parece bastante ajustada. Por supuesto, no conocemos ninguna fecha concreta para los orígenes de esta cultura —si se puede hablar de tal— pero sabemos que el comienzo del Dryas III puede situarse en el 8.800 a. C.

Recogiendo todo lo anterior, podríamos concluir que nuestro Magdaleniense Superior ha tenido una duración de poco más de 3.000 años, esto es, desde el 12 al 8.800-900 a. C., si bien no puede desecharse la posibilidad de una continuación del Magdaleniense durante parte del Dryas posterior. Como veremos al hablar de la industria lítica, lo primero que tecnológicamente no está claro es la delimitación con el Aziliense.

Para terminar, cabe afirmar que no apreciamos un desfase cronológico claro entre el Magdaleniense Superior de la región y el clásico. Dado que se admite un carácter más tardío a nuestras culturas paleolíticas con respecto a las francesas (por ejemplo, la continuación del Solutrense hasta un momento paralelo al Magdaleniense III francés), nos vemos obligados a decir que las oscilaciones climáticas que hemos utilizado como referencia tienen un desarrollo simultáneo en Europa Occidental y que todo ello, unido a las cronologías absolutas obtenidas en cuevas de Santander, da a nuestro montaje temporal un valor bastante aceptable.

EL MAGDALENIENSE SUPERIOR CANTÁBRICO Y SU SISTEMATIZACIÓN.

Como ya han señalado diversos autores, el sistema de Breuil adolecía del grave defecto de no poder abarcar todos los fenómenos del Paleolítico Superior mundial. Como mucho, y siempre con las debidas y precisiones, su validez alcanzaría el área europea occidental. Consciente de ello, Obermaier fue el primero en intentar

³³ GODWIN, H., *The late-glacial Period*. "Science Progress", n.º 138, Londres 1949, p. 185-192.

³⁴ MOVIUS, H. L., *Op. cit.*, vid. nota 27.

—a través «especialmente por ciertos tipos de hueso o asta»— una clasificación propiamente cantábrica del Magdaleniense³⁵.

Tras estas sistematizaciones clásicas, fue necesario esperar a Jordá para una revisión y puesta al día del Magdaleniense del Norte de España: como muy bien observa este autor en su estudio sobre la Lloseta³⁶, algunas de aquellas sistematizaciones pecaban de un excesivo regionalismo (pero querían ser válidas para toda la prehistoria europea) y, todas, de demasiada rigidez a la hora de establecer separaciones netas en lo que tan solo es la evolución técnica que refleja el progreso del hombre. Así pues, Jordá distinguió tres etapas dentro del Magdaleniense Cantábrico, si bien la intermedia aparece muy escasamente representada y poco definida con respecto a las otras dos.

En nuestra opinión, el solo hecho de hablar de Magdaleniense III Cantábrico o de la falta de las fases I y II de esta cultura, constituye a todas luces una grave imprecisión, dado que el Magdaleniense de la región es una industria peculiar resultado de la aportación cultural europea y su contacto con el desarrollo *in situ* de tradiciones locales, y por tanto no puede ser denominada con un término creado para algo totalmente distinto. Precisamente por esto nos parece mucho más afortunada la clasificación de Jordá, que es fiel a la entidad y al desarrollo regional de esta cultura.

La primera de estas fases, al parecer paralela al Magdaleniense III clásico, o mejor al III-IV, si bien ha sido sintetizada por González Echegaray³⁷, quizás no se la haya logrado caracterizar suficientemente en relación con la prehistoria de Europa Occidental: su instrumental lítico, de discutibles y escasas semejanzas con el Magdaleniense III o IV francés, no permite diferenciar dos etapas dentro de su desarrollo (recuérdese el caso de los Magdalenienses «III» y «IV» de la Cueva del Juyo³⁸). Siendo este momento el representado en el Magdaleniense de Altamira —en nuestra opinión coetáneo de las pinturas— Jordá propone para él el nombre de *Altamirenses*, que vendría a individualizar uno de los aspectos más peculiares de nuestra prehistoria³⁹.

Menos conocida es la fase media del Magdaleniense Cantábrico, que hasta el momento falta en la provincia de Santander. En Asturias el instrumental lítico está escasamente diferenciado en relación con el momento anterior: un elemento

³⁵ OBERMAIER, H., *Op. cit.*, vid. nota 23, p. 232-233.

³⁶ JORDÁ CERDÁ, F., *Op. cit.*, vid. nota 12, p. 65-68.

³⁷ GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., *El Magdaleniense III de la Costa Cantábrica*. Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, t. XXVI, 1960, p. 69 a 100.

³⁸ JANSSENS, P. y GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., *Memoria de las Excavaciones en la Cueva del Juyo (1955-56)*. Patronato de las Cuevas Prehistóricas de la Provincia de Santander, Santander 1958.

³⁹ JORDÁ CERDÁ, F., Comunicación personal.

característico son los rodetes o placas perforadas de piedra; por el contrario, aparecen nuevos e importantes tipos óseos, como las azagayas de base ahorquillada⁴⁰. En el País Vasco el Magdaleniense Medio se encuentra representado por un objeto peculiar y exclusivo: los rodetes en hueso, ya perforados o no⁴¹.

El Magdaleniense Superior Cantábrico, objeto de nuestro estudio, ha sido teóricamente encajado en las fases V y VI del sistema Breuil y *d*, *e* y *f* del de Obermaier. De acuerdo con la primera de esas clasificaciones, el Magdaleniense V estaría representado por niveles con arpones de una fila de dientes y el Magdaleniense VI por los de doble fila. El sistema de Obermaier, como dijimos centrado en la Región Cantábrica española, parece coincidir en sus fases *d* y *e* con las etapas V y VI del de Breuil, mientras que la denominada *f* («capa sin arpones. Los huesos trabajados degeneran rápidamente. Aparición frecuente de pequeños raspadores circulares que anuncian la llegada del Epipaleolítico —Aziliense—»), no parece tener un paralelo con la realidad, puesto que en las capas del Magdaleniense Final con raspadores unguiformes, disquitos y puntas azilienses de yacimientos como Urriaga (Guipúzcoa)⁴² están también presentes los arpones de tipo magdaleniense. Recientemente, una fase avanzada con arpones tendentes al aplanamiento ha sido denominada Magdaleniense VIb.

Ambos sistemas entran aún más en crisis si observamos que es muy difícil —por no decir imposible— encontrar un yacimiento en que las etapas del Magdaleniense Superior aparezcan respaldadas por una realidad estratigráfica e industrial. La distinción de las mencionadas fases V y VI de Breuil es tan problemática a través de los fósiles-guía como mediante el estudio del conjunto de los materiales. Tanto Carballo como González Echegaray han destacado repetidas veces que cuando conviven los dos tipos de arpón magdaleniense, el de una fila de dientes es mucho más abundante que el de dos⁴³. Por otra parte, tampoco ha sido fácil establecer distinciones a partir del instrumental lítico: con otros autores, Sonnevile-Bordes

⁴⁰ CORCHÓN RODRÍGUEZ, M. S., *Notas en torno al arte mueble asturiano*. Colección "Opera Minora" del Seminario de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Salamanca, Salamanca 1971.

⁴¹ BARANDIARÁN MAESTU, I., *El Paleomesolítico del Pirineo Occidental. Bases para una sistematización del instrumental óseo paleolítico*. Zaragoza 1967, p. 338.

⁴² BARANDIARÁN, J. M. de y ELOSEGUI, J., *Exploración de la Cueva de Urriaga. X Campaña, 1954*. "Munibe", n.º 2. San Sebastián 1955, p. 69 a 80.—BARANDIARÁN, J. M. de, *Exploración de la Cueva de Urriaga, XI y XII Campañas*. Publicación n.º 15 de la Sociedad de Ciencias Naturales "Aranzadi", San Sebastián 1960.—BARANDIARÁN, J. M. de y ELOSEGUI, J., *Exploración de la Cueva de Urriaga, en Itziar-Deva (segunda época)*. Noticiario Arqueológico Hispano, t. V, 1952, p. 50 a 57.

⁴³ CARBALLO, J. y GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., *Algunos objetos inéditos de la Cueva de "El Pendo"*. "Ampurias", t. XIV, 1952, p. 37 a 40.—GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. et alii, *La Cueva de la Chora*. Excavaciones Arqueológicas en España, número 26, Madrid 1965.—IDEM, *Op. cit.*, vid. nota 30.

considera muy semejante la industria lítica del Magdaleniense V y del VI⁴⁴. Según Laplace, el estudio comparativo de las series pone en evidencia la remarcable homogeneidad estructural del Magdaleniense con arpones: ciertas diferencias se deben a la existencia de facies regionales relativamente individualizadas, mientras que otras, en las series más desarrolladas, reflejan las perturbaciones anunciadoras de la transición al Aziliense⁴⁵.

Mediante métodos estadísticos, y en colaboración con M. Cano Herrera, hemos intentado recientemente esbozar una escala relativa de niveles que —prescindiendo de la inflexibilidad de cualquier sistema— pudiese reflejar una cierta evolución observada en nuestro Magdaleniense Superior y en su transición al Aziliense⁴⁶. Ahora, mediante los datos proporcionados por excavaciones más recientes, y la aplicación de comprobaciones de tipo matemático, vamos a intentar completar aquel esquema, tendiendo al mismo tiempo a establecer las líneas generales de este momento y sus diferencias y semejanzas con otras regiones europeas.

De lo dicho podría deducirse que en nuestra región se suceden dos grupos magdalenienses claramente diferenciados entre sí y con respecto a los de regiones vecinas. El primero es el llamado «Magdaleniense III-IV», que sería el Magdaleniense Inicial o Inferior Cantábrico, y que aparece principalmente en Bolinkoba, El Juyo, Altamira, La Lloseta, etc. El otro grupo magdaleniense regional es paralelo a el V y VI clásicos (fases *d*, *e* y *f* de Obermaier). Si siempre es imposible encajar la prehistoria en los rígidos marcos de una clasificación por utensilios y por etapas, mucho más a lo largo del Magdaleniense Superior Cantábrico, cuya progresiva evolución instrumental hacia el Aziliense nos resulta bastante conocida. Entre ambos momentos quedaría un breve Magdaleniense Medio, al parecer en dependencia con el Inferior —al que generalmente se superpone—, pero que por ahora no es demasiado bien conocido.

INDUSTRIA ÓSEA.

Como hemos visto, las sistematizaciones intentadas sobre el Magdaleniense se han apoyado fundamentalmente en el instrumental óseo, dentro de la línea de las clasificaciones por fósiles-guía. Sin embargo, es fácil darse cuenta de que resulta

⁴⁴ SONNEVILLE-BORDES, D., *Problèmes Généraux du Paléolithique Supérieur dans le Sud-Ouest de la France*. "L'Anthropologie", t. 62, 1968, n.º 5-6, p. 414 a 450, 1969, n.º 1-2, p. 1 a 36.

⁴⁵ LAPLACE, G., *Recherches sur l'origine et évolution des complexes leptolithiques*. Melanges d'Archeologie et d'Histoire. París 1966, p. 309.

⁴⁶ CANO HERRERA, M. y MOURE ROMANILLO, J. A., *Aportaciones estadísticas al estudio del Magdaleniense Superior Cantábrico*. "Zephyrus", t. XXI, 1970.

imposible caracterizar plenamente este momento a través de una parte tan restringida de la industria de hueso como son los arpones. La industria lítica permanece más o menos constante a lo largo de todo el Paleolítico Superior: son pocos los útiles nuevos que en su desarrollo se manifiestan, y muchos menos —a excepción de en el Solutrense— los que tienen un valor de fósiles-guías. Así pues, la clasificación de una colección a partir de su instrumental lítico sólo es posible a través de la observación del conjunto de todos sus componentes: predominio de unos tipos con respecto a otros, relaciones de cada grupo tipológico con el total a estudiar, etc. Por el contrario, esto resulta prácticamente imposible a partir de los útiles de hueso, pues son pocas las colecciones que, como El Pendo o Urtiaga, presentan un ajuar abundante y representativo⁴⁷.

A la par que el lítico, el instrumental óseo magdaleniense resulta heredero de una larga serie de tradiciones y tipos de todo el Paleolítico Superior. En el Magdaleniense Superior Cantábrico las puntas óseas son especialmente las de doble bisel, que se han puesto por encima de las monobiseladas del Magdaleniense Inferior. Asimismo no está ausente en este momento el bisel central, que sería típico del Solutrense de la región. También derivada del Magdaleniense inicial, aparece la azagaya de sección cuadrangular con decoraciones lineales a lo largo de la pieza. Sin embargo, aparecen útiles nuevos o que pueden considerarse como característicos: Barandiarán Maestu considera típicos del Magdaleniense Final los compresores-alisadores de Borroberria y Santimamiñe⁴⁸.

Sin lugar a dudas, las piezas más características son los arpones, a los que se ha atribuido fundamental importancia para la identificación de niveles magdalenienses. En principio puede afirmarse que en el Magdaleniense Superior Cantábrico abundan extraordinariamente más las piezas con una fila de dientes que las de dos. En Urtiaga solamente encontramos un arpón con dos filas de dientes de un total de doce descubiertos; en la Chora uno entre nueve piezas y en el Valle, de nueve arpones, sólo dos son característicos del momento final⁴⁹. Otro tanto sucede en El Otero, donde, en su nivel 3, aparecen diez arpones de una fila de dientes, mientras que en el 2 únicamente se conoce un fragmento caracterizado por la doble hilera. Así, los arpones de una fila de dientes aparecen tanto en el Magdaleniense V como en el VI, abundando siempre mucho más que los de dos. Ante estos podemos preguntarnos si no puede darse el caso de un Magdaleniense VI sin arpones de

47 CARBALLO, J., *Excavaciones en la Caverna de "El Pendo" (Santander)*. "Investigaciones Prehistóricas", t. II, Santander 1960. Un cómputo estadístico de los materiales óseos de Urtiaga puede verse en BARANDIARÁN MAESTU, I., *Aportación al conocimiento del Magdaleniense Final Cantábrico*. Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología, Valladolid 1965, Zaragoza 1966, p. 69-80.

48 BARANDIARÁN MAESTU, I., *Op. cit.*, vid. nota 41, p. 408.

49 CHEYNIER, A. et GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., *La Grotte de Valle*. Miscelánea en Homenaje al Abate H. Beull, t. I, Barcelona 1964, p. 69-80.

doble fila de dientes debido a su ausencia de los cuadros excavados o, simplemente, en el yacimiento a estudiar.

Como conclusión podríamos deducir que la clasificación de niveles magdalenienses mediante este tipo de fósiles-guía es tan difícil como imprecisa, no sólo porque no aparecen con la frecuencia que es de desear y porque su conservación —como materia orgánica— depende mucho de la composición química del suelo, sino también porque un mismo tipo de arpón, del Magdaleniense V o VI, puede ir acompañando a ajuarés líticos muy distintos. Una explicación en detalle de este aspecto la analizaremos en el apartado correspondiente: la insuficiencia de los arpones para una clasificación aparece reflejada en la propia escasez de estas piezas, en la diversidad de conjuntos líticos que pueden acogerse bajo su signo, y —sobre todo— en el excesivo rigorismo con que se «corta» el desarrollo de una cultura.

Otro tanto podría decirse sobre el valor cronológico de los arpones aplanados de tipo aziliense y de los arpones de sección circular tendientes al aplanamiento, que han servido para definir el Magdaleniense VIb. En primer lugar, existe el hecho, dudoso, pero aún no rebatido, de la presencia de arpones aplanados y con orificio en forma de hojal en un nivel con arpones magdalenienses de la Cueva del Pendo⁶⁰. Precisamente a través de ese instrumental óseo trazó Janssens su esquema de la evolución del arpón magdaleniense al aziliense⁶¹ que, sin embargo, se basa tan solo en criterios morfológicos de un conjunto unido de piezas, y no ha podido aún ser comprobado estratigráficamente en ningún yacimiento de la región.

Por todo lo anterior dicho, tenemos que manifestarnos de acuerdo con la idea de Ignacio Barandiarán de que no nos encontramos aún en condiciones de matizar una clasificación más allá de «*Magdaleniense Superior*» «creemos preferible, cuando peculiares condiciones distintas a la simple consideración del número de hileras de dientes (pensamos en la sección del fuste, forma de dientes y su modo de inserción en el fuste) no nos permitan una mayor seguridad, hablar de Magdaleniense Superior-Final, al menos en la mayor parte de los yacimientos cantábricos»⁶². En nuestra opinión, diversos tipos de arpones son empleados dentro de un complejo cultural Magdaleniense-Aziliense; la sistematización definitiva de este momento sólo podrá realizarse a través de abundantes elementos de juicio y excavaciones sistemáticas y modernas. Por ahora sólo las colecciones líticas pueden ser lo suficientemente ricas y representativas para una clasificación bien fundamentada.

El resto de los integrantes del ajuar óseo que conocemos (espátulas, propulsores,

⁶⁰ CARBALLO, J., *Op. cit.*, vid. nota 47.

⁶¹ JANSSENS, P., *La transición del arpón magdaleniense al arpón aziliense*. Memoria presentada a la "Royal Société Belga d'Antropologie et de Préhistoire", y recogida en "Investigaciones Prehistóricas", t. II, Santander 1960.

⁶² BARANDIARÁN MAESTU, I., *Op. cit.*, vid. nota 41, p. 409.

bastones de mando, etc.), carecen, por su rareza, de un valor cronológico claro para matizar las clasificaciones pretendidas.

COMENTARIOS A SERIES LÍTICAS REPRESENTATIVAS.

En una primera parte de nuestra interpretación, comenzaremos empleando como referencia el estudio de conjunto de los materiales líticos procedentes de algunos yacimientos de la región. Es preciso dejar bien claro que las colecciones comentadas no tienen por qué ser ni las más ricas ni las más representativas, pero sí las que —por haber sido recientemente estudiadas o revisadas—, ofrecen unas ciertas garantías estratigráficas y de integridad en sus conjuntos instrumentales, a la vez que nos permiten la confección de representaciones estadísticas completas. No olvidemos que toda interpretación cultural ha de basarse en la observación de conjunto de todos o la mayor parte de los elementos que componen el utillaje de cada grupo. Más adelante, en la exposición en detalle de las características generales de nuestro Magdaleniense Superior, nos apoyaremos en todo tipo de materiales conocidos, aunque muchas de esas otras colecciones tengan un valor puramente indicativo; algunas de las piezas que citaremos hemos podido estudiarlas en el Museo Provincial de Prehistoria de Santander.

Como forma de concepción convencional y de expresión hemos aceptado la léxico-tipología del Paleolítico Superior de Sonnevile-Bordes y Perrot⁵³, de acuerdo con nuestra versión castellana⁵⁴. Para el estudio de las colecciones completas y que consideramos representativas, procedentes de muestreos sobre estratigrafías seguras y niveles suficientemente ricos, emplearemos también el método estadístico y las representaciones gráficas de Sonnevile-Bordes y J. Perrot⁵⁵. Por supuesto, somos perfectamente conscientes de los límites del método estadístico, que indudablemente ha de ir acompañado del análisis cualitativo de los instrumentos.

Realizado el estudio de conjunto y características más generales de nuestro Magdaleniense, será necesario terminar esta visión con la individualización de esta

⁵³ SONNEVILLE-BORDES, D. et PERROT, J., *Lexique typologique du Paleolithique Supérieur*. Bulletin de la Société Préhistorique Française, t. L, 1953, n.º 5-6; t. LI, n.º 7, 1954; t. LII, n.º 1-2, 1955.

⁵⁴ MOURE, J. A., *Comentarios sobre el uso en lengua castellana de la léxico-tipología del Paleolítico Superior de acuerdo con el sistema Sonnevile-Bordes y Perrot*. Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, t. XXXIV, 1969, p. 275-289.

⁵⁵ SONNEVILLE-BORDES, D. et PERROT, J., *Essai d'adaptation des méthodes statistiques au Paléolithique Supérieur*. Bulletin de la Société Préhistorique Française, t. L, n.º 6, 1953, p. 223 a 233.

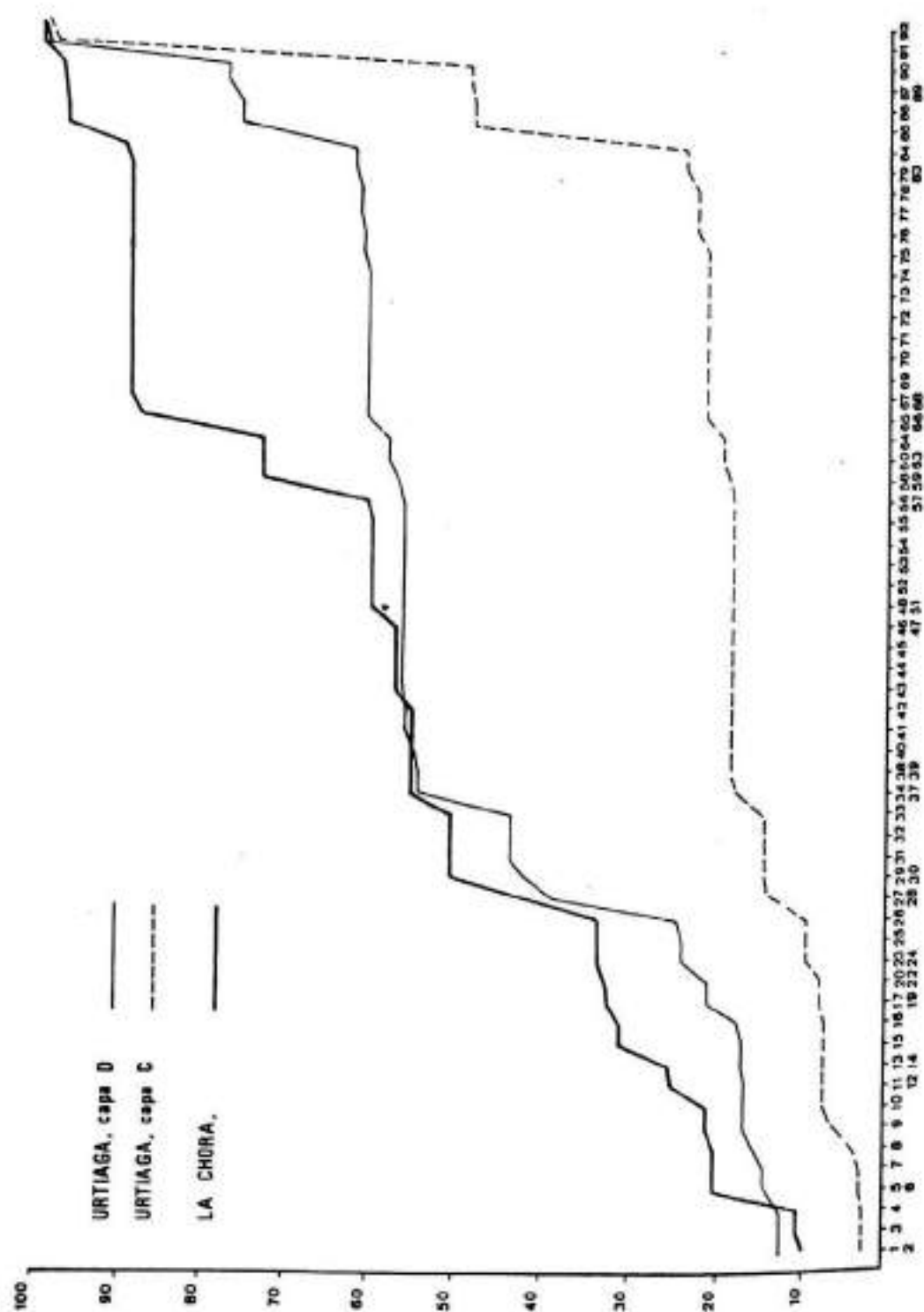


Fig. 2.

cultura en relación con las industrias paralelas de regiones más o menos vecinas. En nuestra opinión, este esquema puede ser útil a la hora de una sistematización definitiva de nuestro Paleolítico Superior, que presenta acentuada personalidad propia que le hace enormemente atractivo. Por último, concluiremos con algunas precisiones en torno a la evolución del instrumental lítico, en la que intentaremos prescindir de la rigidez de todo sistema basado en fósiles-guía.

En Cueva MORIN (Villanueva de Villaescusa, Santander)⁶⁶ el Magdaleniense Superior se encuentra en parte recubierto por un nivel Aziliense. El sondeo realizado sobre unos 5 metros cuadrados de testigo proporcionó una apreciable cantidad de útiles (más de 300), lo que permitió la confección de gráficos estadísticos, a la par que confirmar la importancia del depósito. Señalada ya en las primeras excavaciones⁶⁷, la presencia de arpones de una fila de dientes fue considerada como argumento suficiente para encajar el nivel 2 dentro del Magdaleniense V clásico.

Su curva acumulativa presenta algunas peculiaridades: dentro de una serie bastante corta de raspadores destacan los tipos nucleiformes, así como las piezas sobre lasca y aquillados. Sin embargo, dada la continuidad de la serie, las diferencias son bastante poco acusadas (con la excepción de los raspadores nucleiformes), encontrándose representados la mayor parte de los tipos de raspador. Perforadores y útiles compuestos tampoco vienen a alterar sensiblemente el gráfico, pues representan tan sólo un 2,9 y un 6,6 por respectivamente. Otro rasgo particular vendría dado por la posición de los buriles que, amén de su inferioridad con respecto a los raspadores, presentan un ligero predominio de los tipos sobre truncatura en relación con los diedros. A nivel de detalle sólo se señalan los nucleiformes; en todo caso, la variedad de piezas representadas viene a dar una gran uniformidad al gráfico, que tampoco se verá alterado por los grupos de útiles de borde rebajado ni por las piezas truncadas.

Dentro de los grupos tan sólo destacan las hojas retocadas (18,1 por 100), porcentaje sólo comparable al del utillaje variado (16,1 por 100) cuya importancia se debe casi exclusivamente a la presencia de numerosas piezas truncadas y denticuladas. Por último, el tipo mejor representado sería el utillaje de hojitas de borde rebajado, que llegan a un 12,9 por 100 del total. Aparece algún microlito geométrico y faltan en absoluto las puntas azilienses.

En resumen, el instrumental lítico del nivel 2 de Cueva Morín, dentro de

⁶⁶ GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. y FREEMAN, L. G., *Cueva Morin. Excavaciones 1966-1968*. Publicaciones del Patronato de las Cuevas Prehistóricas de la Provincia de Santander, Santander 1971.

⁶⁷ CONDE DE LA VEGA DEL SELLA, *El Paleolítico de Cueva Morin (Santander) y Notas para la Climatología Cuaternaria*. Comisión de Investigaciones Prehistóricas y Paleontológicas, Memoria n.º 29, Madrid 1921.—CARBALLO, J., *Excavaciones en la Cueva del Rey, en Villanueva (Santander)*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, Memoria n.º 53, Madrid 1923.

un ambiente del Magdaleniense Superior, aparenta un acentuado carácter arcaico y extraño: índice de raspador por encima del de buril, escasez de raspadores simples en extremo de hoja, posición secundaria de los buriles diedros, elevado índice de piezas variadas, falta de puntas azilienses y de disquitos raspadores, etc..., todo ello con un discreto porcentaje de hojitas de borde rebajado.

El nivel 3 de la Cueva del OTERO⁶⁸ presenta 118 útiles, cantidad muy alta, pero suficiente para aplicar métodos estadísticos y comparar sus gráficos con los de otros niveles. Entre los raspadores descubrimos un predominio de piezas bajas sobre hoja; a nivel de tipos destacan los nucleiformes seguidos de los raspadores simples, de los raspadores sobre hoja o lasca retocada, y de los raspadores sobre lasca, faltando totalmente los disquitos. Muy poco característicos y muy escasos son los raspadores del llamado «grupo aurifiaciense» (aquillados y en hocico).

Lo mismo que veremos en la Chora, son raros los compuestos: un perforador-buril, un raspador-buril, y un buril de hoja truncada. Los buriles presentan ligera superioridad numérica con respecto a los raspadores. Destacan claramente en la estadística los tipos diedros, entre los que los ladeados duplican a los rectos, ocupando una posición intermedia de las formas de ángulo sobre rotura y los diedros de ángulo.

No es importante el utillaje de borde rebajado, señalándose tan sólo la presencia de una punta típica de La Gravette. Las hojas de retoque continuo sobre un borde o sobre los dos son las piezas más frecuentes en todo el recuento, cosa normal en los yacimientos magdalenienses, en que el predominio del instrumental sobre hojas es realmente aplastante. También dentro de esta industria de hojas aparecen las aurifiacienses, una de ellas con escotadura. Por el contrario, es más escasa la industria de hojitas: son raras las de borde rebajado, y las puntas azilienses faltan por completo.

El nivel 2 del mismo yacimiento es notablemente más pobre que el anterior: la industria suma menos de cien útiles, por lo que el gráfico acumulativo no tiene más valor que el de ser una representación del conjunto.

Como en el nivel 3, los raspadores ocupan un segundo lugar con respecto a los buriles. Hay raspadores simples y raspadores sobre hoja retocada, encontrándose también sendos ejemplares de raspador aquillado y de raspador alto en hocico. Es notable pues el predominio de los buriles, especialmente de los diedros, dentro de los cuales ocupan primer lugar los de ángulo sobre rotura, los diedros ladeados, y un ejemplar de buril diedro de ángulo. También ocupan un lugar importante en las estadísticas los buriles sobre truncatura retocada. Las piezas de borde rebajado —sobre todo las puntas de La Gravette—, las denticuladas y las de escotadura, no

⁶⁸ GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. et alii, *Op. cit.*, vid. nota 30.

alteran esencialmente la curva. Como es lógico, la máxima inflexión la marcan las hojas de retoque continuo sobre un borde o sobre los dos. El utillaje microlítico (un triángulo y cinco hojitas de borde rebajado) es relativamente apreciable dentro de un total de sólo 68 útiles. Aparecen también algunas puntas azilienses.

El cómputo total de los niveles arqueológicos de la Cueva de LA CHORA⁵⁹ presenta el interés derivado de contar con más de 600 útiles, contrastado por el hecho de no haberse efectuado un estudio evolutivo de su secuencia estratigráfica. Es más, consideramos que el reducido índice de buril con respecto al raspador podría aludir a una posible contaminación con niveles azilienses sin arpones; esto último, de por sí poco probable, solamente podría ser demostrado mediante una ampliación del área excavada.

Como hemos dicho, la escala de raspadores es superior a la de buriles. Entre los primeros se encuentran bastante equilibrados los simples y los de extremo de hoja retocada. También es importante y significativo el número de raspadores disquitos, que llega a 70. Posición más secundaria ocupan los nucleiformes y aquillados, persistencia sin duda de lo que González Echegaray llama «tendencia nuclear» del Magdaleniense Inferior Cantábrico⁶⁰.

Sin que en los gráficos se aprecien claramente las piezas compuestas, pasamos a considerar el grupo de los buriles, cuyo número sobrepasa con poco la mitad del de raspadores. Los diedros, especialmente los rectos, sobresalen sobre los truncados. Aunque en el gráfico se han incluido con útiles los bordes de núcleo, sólo pueden ser consideradas como piezas de borde rebajado propiamente tales 17 puntas microgravettes. Casi todas las hojas retocadas (el 89,6 por 100) son de retoque continuo sobre uno o dos bordes, mientras que las hojas auríacienses quedan reducidas a un pequeño grupo.

El utillaje de hojitas llega a un total de 72 piezas (índice del utillaje de hojitas = 11,1). En la revisión que efectuamos de la clasificación original separamos las 17 microgravettes ya citadas de 44 hojitas de borde rebajado y 22 puntas azilienses.

En resumen, dentro del utillaje lítico de La Chora hay que destacar dos aspectos fundamentales: neta superioridad del grupo de raspadores con respecto al de buriles, y abundancia de elementos considerados como «azilienses», tales como hojitas de borde rebajado, disquitos raspadores, microgravettes, etc. El conjunto no desentona dentro de un Magdaleniense Superior Cantábrico más o menos avanzado⁶¹.

Fundamental importancia para el estudio del Magdaleniense Superior de la

⁵⁹ GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., GARCÍA GUINEA, M. A. y BEJINES RAMÍREZ, A., con la colaboración de MADARIAGA DE LA CANPA, B. (estudio paleontológico), *La Cueva de la Chora. Excavaciones Arqueológicas en España*, n.º 26, Madrid 1965.

⁶⁰ GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., *Op. cit.*, vid. nota 37.

⁶¹ CANO HERRERA, M. y MOURE ROMANILLO, J. A., *Op. cit.*, vid. nota 46.

región tiene el análisis cuantitativo del yacimiento de URTIAGA ⁶². A lo largo de sus capas F, D y C puede seguirse perfectamente el paso del Magdaleniense Superior al Aziliense, a la par que observarse todos sus rasgos identificativos. Del nivel F vamos a prescindir en el comentario a series líticas representativas debido a su reducido número de útiles.

En el nivel D —clasificado como Magdaleniense Final, con arpones de doble fila de dientes— el número de raspadores (casi exclusivamente simples en extremo de hoja), es numéricamente bastante inferior al de buriles. En este grupo los diedros constituyen el ejemplo más importante y variado, mientras que los tipos sobre truncatura retocada ocupan un segundo lugar en relación con aquéllos.

Piezas de borde rebajado, truncadas, y hojas con retoque discurren sin alteraciones sensibles en el gráfico. Otro tanto puede decirse del resto del utillaje hasta las hojitas de borde rebajado (14,2 por 100) y a las puntas azilienses (23,9 por 100). Es preciso fijar bien en la memoria estos dos últimos datos, por considerar que reside aquí uno de los caracteres evolutivos del Magdaleniense Superior.

Cuando pasamos a estudiar el recuento estadístico de la capa C del mismo yacimiento (Aziliense), nos damos perfectamente cuenta del interés de esta superposición, en que la evolución Magdaleniense-Aziliense de que hemos hablado, viene respaldada por la realidad estratigráfica. La curva discurre en su mayor parte de forma muy semejante a la del nivel D, por lo que señalaremos tan sólo los rasgos diferenciadores con respecto al estrato anterior. Los índices de raspador y de buril son bastante bajos y ligeramente más equilibrados que en la capa D; se ha producido pues una notable disminución en el número de buriles, que tanta importancia tenían en el nivel anterior. Dejando de lado el resto del gráfico, el utillaje de hojitas ocupa un 76 por 100 del total, repartido principalmente entre un 24,3 de hojitas de borde rebajado y un 50 de puntas azilienses.

LAS INDUSTRIAS DEL MAGDALENIENSE SUPERIOR CANTÁBRICO Y SU EVOLUCIÓN.

Para una delimitación en el espacio y en el tiempo de nuestras culturas paleolíticas es necesario pasar por un doble proceso: conocimiento de sus características técnicas, y comparación con las de regiones consideradas como prototípicas y más o menos cercanas. Por todo ello, preferimos comenzar este apartado sobre el estudio de conjunto de nuestra industria magdaleniense y su evolución recordando

⁶² BARANDIARÁN, J. M. de y SONNEVILLE-BORDES, D., *Magdalenien Final et Azilien d'Urtiaga (Guipúzcoa). Etude Statistique*, Miscelánea en Homenaje al Abate H. Breuil, t. I, Barcelona 1964, p. 163 a 171.

las líneas generales del Magdaleniense Superior clásico, de acuerdo con las ideas de Sonnevile-Bordes para el Suroeste de Francia ⁶³:

Según la mencionada prehistoriadora francesa, el rasgo más destacable de la región vecina sería el fuerte contraste —siempre más acentuado que en el Magdaleniense Inferior— entre el índice de raspador y el índice de buril. Este último se presenta siempre elevado o muy elevado, y domina apreciablemente con respecto a aquél. Entre los raspadores dominan los tipos simples sobre hoja no retocada, existiendo algunos ejemplares sobre lasca y pocos dobles y sobre hoja truncada. Los buriles son especialmente diedros, siendo muy característicos los tipos dobles sobre hoja. Perforadores poco numerosos y proporción variable de útiles variados, concluyen el esquema de la industria de hojas. En cuanto al utillaje de hojitas, Sonnevile-Bordes señala el carácter prematuro de cualquier estadística debido a las diversas condiciones de recogida durante los trabajos de excavación. Por lo referente a la posición estratificada de los útiles «especiales», el buril de pico de loro es considerado como forma exclusiva del Magdaleniense VI. Las puntas de muesca magdalenienses, atribuidas también al estadio final, aparecen en Morin (Dordogne) con buriles de pico de loro, y en la Gare de Couze con microlitos geométricos. La presencia de puntas azilienses en contextos claros del Magdaleniense Superior sirve para confirmar la indudable filiación paleolítica del Aziliense.

Quizá lo más peculiar de nuestro Magdaleniense sea el mayor equilibrio existente entre raspadores y buriles. Sabemos que en Urriaga, en El Valle y en Lumentxa ⁶⁴ puede hablarse de un predominio absoluto de buriles, mientras que en El Otero ambos índices están igualados y en La Chora, Morin, El Linar, y otros yacimientos es el índice de raspador el que domina claramente.

En el primero de los grupos puede decirse que destacan los simples, pero muy ligeramente con respecto al resto de los tipos: casi todas las clases de raspador se encuentran representadas en nuestro Magdaleniense Superior, existiendo por tanto un cierto equilibrio a lo largo de la serie. Al igual que en el grupo francés los buriles son principalmente los diedros, y sólo en ciertos casos adquieren ligera importancia los ejemplares sobre truncatura retocada.

Los llamados «útiles especiales» del Magdaleniense Superior y Final aparecen escasamente representados en la región. Los buriles de pico de loro, que Sonnevile-Bordes consideraba como forma exclusivamente francesa, aparecen también en algunos niveles españoles, como en el nivel II de Aizbitarte IV ⁶⁵, en el Magdaleniense Superior de Cobrantes, en la Cueva del Pendo (inéditos), etc. Apenas se conocen

⁶³ SONNEVILLE-BORDES, D., *Op. cit.*, vid. nota 44.

⁶⁴ Las estadísticas por el método de fichas tipológicas realizadas en Lumentxa han sido publicadas por G. LAPLACE, *Ob. cit.*, vid. nota 45, p. 302.

⁶⁵ BARRANDIARÁN, J. M. de, *Breve reseña de las Excavaciones de Aizbitarte (Rentería)*. Noticiario Arqueológico Hispano, t. VIII-IX, 1-3, 1965, p. 33 a 35.

ejemplares de puntas pedunculadas magdalenienses: sólo recordamos un fragmento en el nivel 2 de Cueva Morín ⁶⁶.

A partir de las series líticas consideradas como válidas, algunos de nuestros niveles magdalenienses se caracterizan por la presencia de abundantes hojitas de borde rebajado y puntas azilienses, así como por algunos microlitos geométricos. Esto nos hace ver cómo a lo largo del Magdaleniense Superior Cantábrico asistimos a una importante transformación: disminución o desaparición de ciertos grupos tipológicos, y aparición de otros nuevos. Las características generales del Aziliense serán el término de llegada del Magdaleniense Superior, teniendo por tanto un valor de término *ante quem*. De acuerdo con un hecho universalmente comprobado, y respaldado en nuestro caso por las colecciones comentadas, es peculiar del Magdaleniense Superior la creciente aparición de utensilios considerados como «azilienses» ⁶⁷: disquitos raspadores, raspadores unguiformes, microlitos geométricos, y progresivo aumento del porcentaje de puntas azilienses.

Pero hay más. La aparición de estos tipos puede esbozar una posible división dentro del Magdaleniense Superior Cantábrico. Existe un grupo de niveles que no presentan esos caracteres técnicos evolucionados: es el caso del nivel 3 del Otero o del nivel 2 de Cueva Morín. Ninguno de los dos contiene disquitos raspadores ni puntas azilienses, y el porcentaje de hojitas de borde rebajado es notablemente bajo en relación con otros yacimientos de la región. El otro grupo de colecciones, caracterizadas ya por la aparición de esos tipos, estaría representado en la Chora y en el Linar (con 3,3 y 2,2 por 100 respectivamente de puntas azilienses), en el nivel 2 del Otero, y en las capas F y D de Urriaga (10,2 y 23,9 respectivamente.)

Alguien podría objetar, y con razón, que por ahora tal distinción coincide con el sistema de Breuil: el segundo de los grupos mencionados presenta arpones de una y dos filas de dientes, mientras que en el primero sólo aparecen de una fila. Hasta aquí la observación sería en parte correcta; sin embargo, mientras que la presencia o ausencia de arpones determina una clasificación excesivamente rígida, el estudio de la evolución del instrumental lítico a través de sus porcentajes permite el montaje de una escala relativa de niveles que pueden precisarnos aún mejor el desarrollo técnico del Magdaleniense.

Basta observar cómo cualquiera de esos grupos, Magdaleniense V o Magdaleniense VI de Breuil pueden agrupar series líticas muy distantes, cuyo elemento común es la presencia de cierto tipo de arpón. Si comparamos el Magdaleniense VI

⁶⁶ GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. y FREEMAN, L. G., *Op. cit.*, vid. nota 56, p. 260 y 264.

⁶⁷ SONNEVILLE-BORDES, D., *L'évolution du Paléolithique Supérieur en Europe Occidentale et sa signification*. Bulletin de la Société Préhistorique Française, t. LXVIII, n.º 1, 1966.

de La Madelaine —más del doble del índice del buril sobre el de raspador⁶⁸—, con el Magdaleniense Final de Le Colombière —con puntas azilienses—⁶⁹, con el Magdaleniense Final de Urriaga, apreciamos claramente cómo en regiones geográficamente vecinas el conjunto con arpones de doble fila de dientes puede acoger colecciones muy diversas.

Todo este razonamiento viene a confirmar algo de por sí bastante lógico: en el Magdaleniense, como en el resto de las culturas paleolíticas, no pueden establecerse constantes basadas en criterios de presencia o ausencia de fósiles-guías. Es más, cuando faltan los arpones no sólo es imposible distinguir dos etapas dentro del Magdaleniense Superior, sino también delimitar la transición al Aziliense. Por el contrario, cuando el fósil-guía de hueso está presente, la clasificación resulta excesivamente rígida para recortar la evolución del instrumental lítico, y a la vez demasiado amplia para abarcar colecciones de significado y características muy diversas.

Volviendo a la industria de piedra, su evolución, tal y como se refleja en la estratigrafía de Urriaga y se paraleliza en otros yacimientos de la región, podría establecerse tomando como guía el paulatino aumento de rasgos azilienses y estudiando los cambios del resto del instrumental lítico.

Índice de raspador e índice de buril parecen descender a lo largo del Magdaleniense Superior Cantábrico, si bien este último quedaría a su vez notablemente rebajado con respecto a aquél. También disminuyen hasta desaparecer las hojas retocadas, el utillaje de borde rebajado y el utillaje variado. Así pues, la mayor parte del conjunto se desplaza al final de la curva, hacia el utillaje de hojitas: su porcentaje tiende a aumentar, si bien toma un carácter más variable. Lógicamente, las puntas azilienses abundan cada vez más.

Si de esto pasásemos a intentar montar una escala relativa del Magdaleniense cantábrico, tal y como hicimos en nuestro trabajo en «Zephyrus»⁷⁰, situaríamos, de más arcaico a más evolucionado, los niveles 2 de Cueva Morín y 3 del Otero, carentes ambos de puntas azilienses y de disquitos raspadores. Con valor indicativo encajaríamos después el nivel 2 del Otero y, ya con plena evidencia, el recuento total de La Chora, en que es ya apreciable el número de puntas azilienses. Urriaga, capa D, sería el vértice de la escala; la evolución continua por el Aziliense, como puede comprobarse con el nivel C de este mismo yacimiento. En el Aziliense de Urriaga, con arpones aplanados, han desaparecido totalmente los útiles variados y las hojas retocadas, a la par que los porcentajes de disquitos raspadores, de hojitas

⁶⁸ SONNEVILLE-BORDES, D., *Le Paleolithique Supérieur en Périgord*. Publications de l'Institut de Préhistoire de la Université de Bordeaux. Bordeaux 1960.

⁶⁹ COMBIER, J., *Le Paleolithique de l'Ardèche*. Publications de l'Institut de Préhistoire de la Université de Bordeaux, Bordeaux 1967.

⁷⁰ CANO HERRERA, M. y MOURE ROMANILLO, J. A., *Op. cit.*, vid. nota 46.

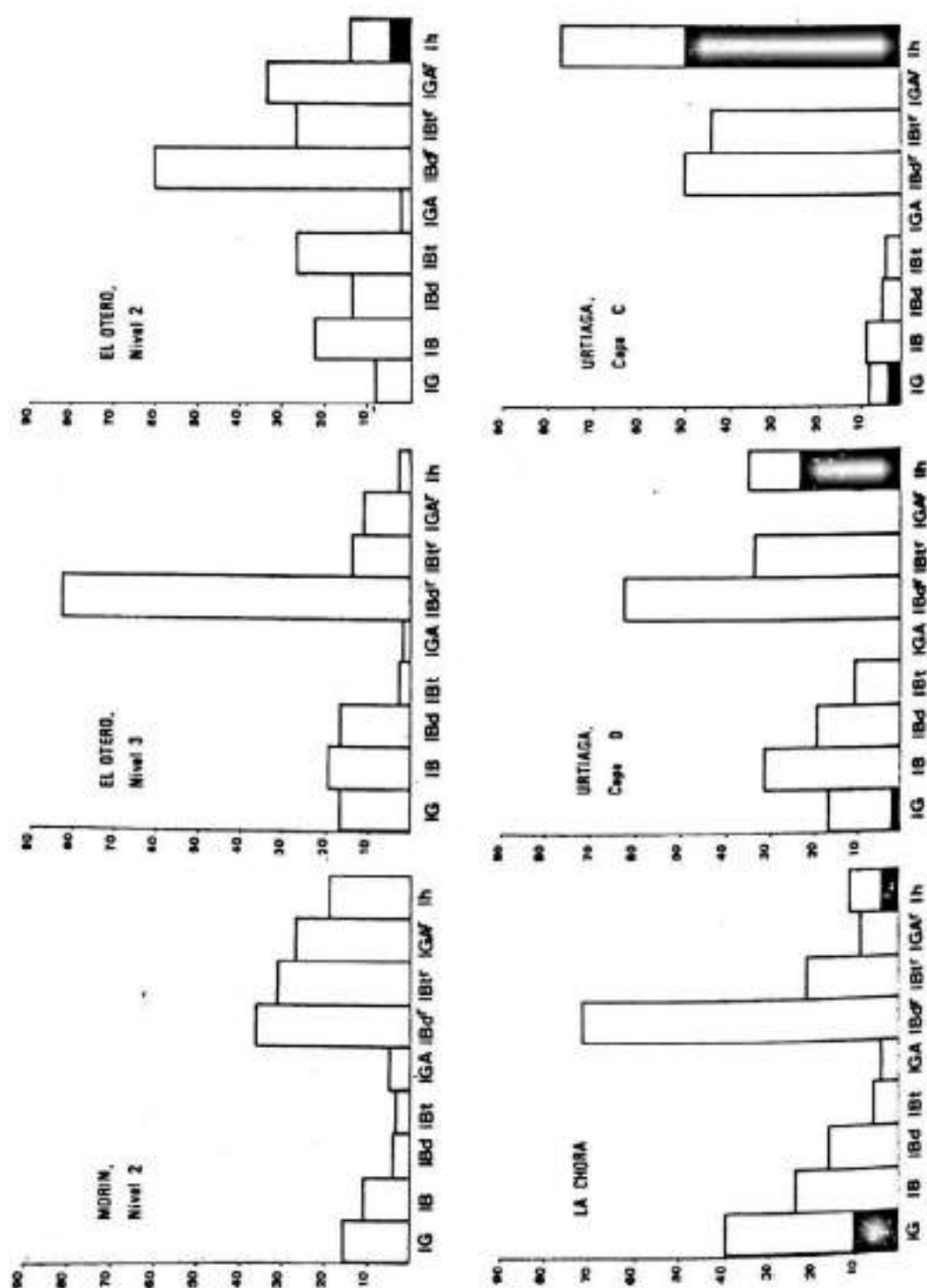


Fig. 3.—Histogramas ordenados de acuerdo con la evolución tectónica del Magdalénense Superior Cantábrico. El relleno en negro indica el porcentaje de alpas característicos del Aulhenes.

de borde rebajado y —sobre todo— de puntas azilienses (50 por 100 del total de útiles) han aumentado enormemente (fig. 3).

Podría caber la posibilidad de que las diferencias señaladas en los gráficos acumulativos obedezcan a accidentes puramente casuales o a diferentes distribuciones de útiles dentro del área excavada. Es más, es muy posible que recuentos por cuadros de un mismo yacimiento den exactamente los mismos resultados. Para comprobar si las series líticas analizadas presentan o no diferencias suficientes como para no ser debidas al azar, hemos aplicado lo que en estadística se llama *coeficiente de desviación tipológica*. Evidentemente, las curvas son lo bastante divergentes como para poder ser comparadas entre sí y ordenadas evolutivamente; los más próximos son los niveles 2 y 3 del Otero, que pueden también considerarse como comparables, especialmente si aceptamos la constante $\alpha = 0,01$, empleada cuando las mínimas diferencias pueden ser esenciales.

Establecida la poca seguridad e imprecisión de una clasificación a partir del instrumental óseo, podemos preguntarnos por el sentido de esta pretendida «evolución» de la industria lítica. No se trata de establecer el progreso de un grupo humano a través de la pura frecuencia de ciertos útiles: la prehistoria no es ni una ciencia exacta ni una ciencia natural y, por tanto, no se estudia al hombre sólo a través de esos testimonios materiales. Lo que sucede es que conocemos las características generales de dos momentos, el Magdaleniense y el Aziliense, y estas escalas relativas lo primero que vienen a eliminar es la idea de una sustitución brutal de una industria por otra.

En otro sentido, el aumento del número de ciertos útiles y la desaparición de otros viene a representar el mecanismo más simple de la evolución del utillaje, sea o no por adaptación a un medio cambiante. Pese a la presencia de las oscilaciones climáticas del fin del glacial, reflejadas en accidentes estratigráficos, el Aziliense ha de considerarse como un todo unido con el Magdaleniense Superior. No podemos pues menos de recordar al primer investigador que definió la indudable relación existente entre ambos períodos, J. Carballo: «el Aziliense no es más que la última fase del Altamirense (Magdaleniense) en su natural decadencia; no hay un solo carácter típico, un solo elemento nuevo, que lo distinga»⁷¹.

Por el contrario, es por ahora difícil establecer la relación entre el Magdaleniense Medio y el Superior. En nuestra región ambas industrias aparecen bastante contrastadas, de tal forma que el Magdaleniense Inferior y Medio cantábricos presentan elementos que recuerdan las industrias líticas del Auriñaciense típico. Es más, como hemos visto en diversos yacimientos, una capa estalagmítica o una caída

⁷¹ CARBALLO, J., *Prehistoria Universal y especial de España*. Madrid 1924, p. 111.

de bloques separa ambas culturas, testimonio innegable de una apreciable oscilación climática.

Como trabajo realizado a partir de un número limitado de elementos de juicio, nuestra escala evolutiva de industrias tiene un significado restringido, y debe por tanto completarse con los materiales procedentes de las futuras excavaciones. Lo evidente es que no estamos en condiciones de emplear una sistematización del Magdaleniense Superior-Aziliense, sino considerarle tan sólo como un complejo industrial unido, del que tan sólo conocemos sus líneas evolutivas más generales.

CONSIDERACIONES PALEOETNOGRÁFICAS.

La simple observación por áreas de influencia de las diferentes innovaciones técnicas denuncia la existencia de focos originales y su transmisión al resto de la zona. En el caso concreto de la región cantábrica española, las incidencias de aportaciones culturales o humanas de carácter ultrapiirineico sobre un medio geográfico cerrado y diferente tendrían por consecuencia la fusión con los elementos tradicionales aquí sedimentados, dando lugar al carácter particular de sus instrumentales paleolíticos. Así pues, el ambiente tendría fundamental influencia en el carácter arcaico y la aparente simplicidad de la secuencia de nuestro Paleolítico Superior.

Un importante aspecto a considerar es la evolución técnica dentro de los límites del Magdaleniense Superior. Si las diferentes explicaciones intentadas quedan dentro del marco de la pura hipótesis, el hecho comprobado es el continuo aumento de cierto número de tipos, lo que evidentemente refleja que algo está progresivamente cambiando: tal es el caso del utillaje microlítico. La naturaleza de esta transformación nos resulta desconocida desde el momento que no sabemos nada acerca de la finalidad de tales instrumentos. No obstante, esta inusitada abundancia de piezas de pequeño tamaño resulta a todas luces sorprendente, pues si cada ejemplar tenía una utilidad *per se* cabe preguntarse a qué viene su elevada proporción, que llega a veces al 75 por 100 del conjunto.

En nuestra opinión, dentro de esta categoría de piezas se daría una disociación entre la idea de tipo y la de útil, pues cada uno encontraría su finalidad como integrante de un conjunto, respondiendo en este sentido a una intencionalidad por parte de la persona o grupo que lo fabrica. Cada microlito sería *útil* en el sentido que responde a una decisión y a una idea libremente prefigurada por el hombre prehistórico, pero tendría un valor de *parte* dentro de un instrumento.

Las puntas azilienses y los triángulos, con su filo y punta más o menos agudos podrían ser parte integrante de un objeto de tipo «arpón». Enmangados por su base a lo largo de un vástago de madera o hueso, los microlitos desempeñarían el papel de dientes, de tal forma que la fabricación de estos artefactos resultaría

bastante más sencilla que la de un arpón en hueso o asta. En este caso, el lado «cortante», esto es, el dirigido hacia la punta del arma, sería precisamente el borde no retocado. El tipo de arpón al que aludimos, así como otros tallados exclusivamente en madera, no es raro entre algunos pueblos primitivos actuales. Por otro lado, existen armazones en hueso con profundas ranuras longitudinales a los que se da precisamente esta interpretación; recuérdese los encontrados en la cueva de La Paloma, en Asturias⁷².

Por supuesto, todas estas piezas dentadas, tanto de hueso como formadas por microlitos, debieron emplearse exclusivamente para la pesca. Aparte de su carácter frágil y del poco efecto dañino que un arpón puede producir sobre una especie de caza, la imposibilidad de utilizar sistemáticamente estas ramas para animales terrestres queda afirmada por la misma morfología de la pieza: la existencia de un pequeño orificio o un abultamiento para amarrar el arpón y retenerle un vez clavado en la pieza y desprendido de su empuñadura, indica que estaba destinado a la captura de piezas de no mucha talla. Teniendo en cuenta que los pequeños animales terrestres no son fáciles de atrapar con una pieza cuyas características son de arma no-arrojadiza, no nos queda más posibilidad de que fuera empleada para la pesca. En este sentido conviene recordar que los peces hallados o representados en yacimientos de la región no son especies difíciles de conseguir por este sistema: tal es el caso del salmón cuyos restos se encontraron en El Pendo o del rodaballo grabado de la Cueva de Altxerri⁷³.

De acuerdo con el instrumental que ha llegado hasta nosotros, frente a la presencia de piezas de tipo «ofensivo» poco apropiadas para la pesca que caracterizaba el mundo solutrense, el Magdaleniense Superior trae consigo un perfeccionamiento de las técnicas piscícolas y una práctica más intensa de las mismas. Dentro del Magdaleniense se da también un notable incremento de hallazgos de moluscos en cuevas y yacimientos. Como anzuelo para la pesca de grandes peces, algunos pueblos primitivos emplean piezas como las «puntas finas y dobles», que son típicas del Magdaleniense Final y aparecen en el nivel II de Aizbitarte IV⁷⁴.

Por supuesto, todo esto no excluye ni la importancia ni la existencia de prácticas cinegéticas, hecho atestiguado por los abundantes restos de comida que aparecen en los hogares de esta época. Lo que es evidente es la decadencia de las armas que antes llamábamos ofensivas, entre las que sólo se podría aludir a las puntas de muesca, casi desconocidas en la región, y a algunas hojas sublosángicas de retoque convergente.

A las posibilidades de empuñadura que antes atribuímos a las puntas azilienses

⁷² CORCHÓN RODRÍGUEZ, M. S., *Op. cit.*, vid. nota 40, p. 33.

⁷³ BARANDIARÁN, J. M. de. *Op. cit.*, vid. nota 22.

⁷⁴ BARANDIARÁN MAESTU, I., *Op. cit.*, vid. nota 41, p. 299-300.

y a los triángulos, podrían asimilarse las de las hojitas de borde rebajado. Estas piezas, tan frecuentemente rotas por sus dos extremos, tienen todo el aspecto de estar pensadas para su ensamblaje alineadas una junto a otra a lo largo de un armazón de material perecedero, de tal forma que —quedando hacia afuera el lado cortante y no retocado— pudieran ser empleadas como cuchillo o machete, a la manera de las «hoces» mesolíticas. Su posible función tanto podría estar en relación con la corta de plantas silvestres como con el despiece de animales. La misma disposición está teóricamente justificada para las «hojitas de sierra», que por sí solas parecen no tener posible utilidad. Es necesario señalar la presencia de melladuras y huellas de uso precisamente en el borde no retocado. No dejaría de ser aconsejable la aplicación a este tipo de útiles del método recientemente propugnado por Semenov para el estudio de trazas de utilización ⁷⁵.

Reconociendo a los microlitos esta falta de entidad individual como útiles, el valor de los cómputos estadísticos sería el de expresión cuantitativa del instrumental hallazgo, y, por tanto, de la difusión de los mismos. La menor importancia numérica de los buriles en relación con el Magdaleniense de la región francesa podría interpretarse, como se ha hecho con un fenómeno semejante al estudiar el Aziliense, debido una decadencia o menor difusión de la fabricación y grabado de piezas de hueso. Por supuesto, esta hipotética afirmación tendría valor relativo con respecto al Magdaleniense Superior clásico, pero no es válido para comparar con otras culturas de la región.

En cuanto al modo de vida del hombre paleolítico, un término que conviene matizar es el de «nomadismo». Una posible explicación sería el nomadismo de tipos estacional: las edades de ciertos animales hallados en yacimientos podrían indicarnos las épocas en que fueron cazados; sabemos que una mandíbula de reno descubierta en el Magdaleniense Superior de Aizbitarte IV pertenecía a un animal joven capturado precisamente en pleno verano ⁷⁶. Por supuesto, para poder llegar a resultados útiles sobre la ocupación de las cuevas en época paleolítica sería necesario efectuar estudios de este tipo sobre la totalidad de animales presentes en el nivel, y aún así tendría sólo un valor para ese yacimiento.

Por nuestra parte, creemos que la potencia de ciertos depósitos (el Magdaleniense V del Castillo tenía 1,80 m.), parece indicar una intensidad de ocupación que sobrepasa con mucho lo periódico o lo estacional. Además, es posible que tan sólo una parte de la horda efectuase salidas en busca del alimento de todo el grupo, salidas que tendrían por objeto la caza, la pesca o la recolección de especies silves-

⁷⁵ SEMENOV, S. A., *Prehistoric Technology. An experimental study of the oldest tools and artefacts from traces of manufacture and wear*. Londres 1964.

⁷⁶ ALTUNA, J., *Mamíferos de clima frío en los yacimientos prehistóricos del País Vasco*. IV Simposium de Prehistoria Peninsular, Pamplona 1966, p. 99-107.

tres. Tanto las condiciones físicas de la región como la proximidad a que se encuentra el mar (con los lugares aptos para la pesca y con los yacimientos naturales de sílex) nos inducen a pensar que ninguno de los desplazamientos necesarios del hombre paleolítico debieron ser muy amplios.

La práctica simultánea de actividades diversas podría incluso a llevar a pensar en un incipiente grado de especialización de algunos sectores de la horda, o a la alternancia de las distintas prácticas de subsistencia en relación con las condiciones estacionales.

CONCLUSIÓN.

Las condiciones diferenciales de clima y relieve que hemos observado en la Región Cantábrica, influyen notablemente en el carácter de las culturas paleolíticas que se desarrollan en su marco. Además de existir una diferencia ambiental con respecto a la región clásica, su naturaleza de «cul de sac» origina la fusión de cada aportación cultural con las respectivas tradiciones locales. Esta fusión, unida a las condiciones de materia prima, contribuyeron al carácter arcaico de nuestras industrias paleolíticas. El fenómeno es especialmente importante en el Macizo Asturiano, que sin duda constituye otro apartado regional dentro del área cantábrica paleolítica.

El marco cronológico del Magdaleniense Superior Cantábrico no parece diferenciarse notablemente del francés, si bien cabe admitirse un ligerísimo carácter más tardío para sus orígenes. Por supuesto, señalar el fin del Magdaleniense Superior se encuentra sometido a las mismas precisiones que la delimitación tecnológica con el Aziliense.

Todo el Paleolítico Superior español, especialmente el del norte de la Península, ha alcanzado ya un nivel de estudios que hace necesaria la confección de una sistemática regional que, al mismo tiempo que sea fiel reflejo de la realidad, evite el apriorismo con que suelen comenzarse las excavaciones o estudios de materiales. Esta ordenación, tan útil como necesaria, ha llegado al Magdaleniense merced a investigaciones incansables de Obermaier y Jordá. En nuestro trabajo hemos intentado reflejar el carácter particular de la fase superior de esta cultura que cuenta con evolución propia y un cierto carácter regional.

Admitiendo esa evolución técnica que sin solución de continuidad nos conducirá al Aziliense, el Magdaleniense Superior no puede ser dividido en fases a no ser atendiendo a la aparición de utensilios anunciadores de esa transición. Dentro de ese proceso de «azilienización» lo único que pueden establecerse son escalas que relacionen entre sí las diferentes colecciones. En el futuro, cuando contemos con una serie de fechas absolutas obtenidas sobre niveles importantes de la región, podremos ver si tales escalas tienen además un valor cronológico.

Un primer paso dentro del razonamiento se apoya en el estudio estadístico de unas cuantas colecciones repartidas a lo largo de la región. Por supuesto, dado que sólo nueve niveles del Magdaleniense Superior Cantábrico —entre un total de treinta y tres yacimientos— han sido estudiados en su totalidad mediante este método⁷⁷, el valor del argumento es bastante limitado. No obstante, no olvidemos que se trata del estudio de un fenómeno local, y que a veces de un yacimiento se han querido hacer generalizaciones válidas para toda la prehistoria europeo-occidental. El principal valor del método estadístico es que permite entender y dar a conocer todos los componentes de un nivel representativo, y su límite es la necesidad de ir acompañado de un comentario cualitativo. Es urgente la necesidad de publicar gráficos o tablas tipológicas de todos los yacimientos que excavamos, a fin de dejar al investigador del futuro una constancia íntegra de los materiales recogidos.

Con ser importante, la industria ósea es también insuficiente para distinguir etapas dentro del Magdaleniense Superior, tanto por su rareza como por acoger series líticas muy diferenciadas. Los fósiles-guía del Magdaleniense Superior tendrían el valor de ser un rasgo destacable dentro de cada yacimiento, pero la base técnica de todas las colecciones lo constituye el estudio de conjunto de su industria de piedra. No se trata de que una sea más o menos interesante que la otra, sino que, a efectos de clasificación y sistematización, la lítica tiene un valor mucho más apreciable.

Con todo, en la industria del Magdaleniense Superior de la región se encuentra un cierto carácter arcaizante, aunque menos fuerte que en el resto del Paleolítico Superior. El aspecto basto y voluminoso de la industria, con un empleo intenso de la cuarcita, es especialmente acusado en la región asturiana. Los porcentajes de raspadores y buriles aparecen frecuentemente más equilibrados que en el Magdaleniense clásico, en que siempre destaca el índice de buril. La generalización del microlitismo sería reflejo de una difusión del empleo de útiles compuestos de este utillaje menudo, anunciando así la transición al Aziliense.

Como conclusión, podríamos insistir en la necesidad de intensificar el estudio de los fenómenos regionales de la Prehistoria española y, sobre todo, de confeccionar una sistemática simplificada del Paleolítico Superior, aplicable a la Región Cantábrica española. Así, nuestro trabajo ha intentado contribuir al conocimiento de una de las etapas mejor representadas en la región, como aportación a una puesta al día de nuestra secuencia paleolítica.

⁷⁷ Por el método Sonnevile-Bordes y Perrot han sido estudiados los niveles 2 y 3 del Otero, el nivel 2 de Morín, el C, D y F de Untiaga, el II de El Linar y el recuento total de la Chora. Laplace, en su revisión —mediante el sistema de fichas analíticas— de materiales de las capas E, D y C de Lumentxa, considera a los tres como pertenecientes al "Magdaleniense con arpones", concretamente el Magdaleniense VI, mientras que J. M. de Barandiarán y J. González Echegaray atribuyen al estrato E al Magdaleniense III o IV respectivamente.